

Mi crimen de novela

“Nevó durante toda la tarde. Por fin paró un poco y salí a la calle pero no había forma de caminar sin dejar huellas. Me encontrarías. Entonces llegó ella, con su flamante coche rojo y oliendo a mujer barata. Entró en tu casa por la puerta principal y yo aproveché las rodadas de su coche para alejarme. Puse cuidado en tapar la nariz con un pañuelo para que no cayeran las gotas de sangre sobre la nieve” –Esas son las últimas palabras, que recuerdo haber escuchado, de la novela (la cual no recuerdo el nombre) que me leía mi madre por las noches.

Todo comenzó a la mañana siguiente, cuando el llanto de un bebé rompió el silencio que reinaba en mi hogar. Me levanté y bajé corriendo las escaleras, para averiguar lo que estaba sucediendo. Me asomé por la puerta de la cocina y vi por primera vez esa escena, la que cambiaría el resto de mi vida. Mi madre sostenía a un pequeño bulto. Yo le pregunté: -¿Qué estás sosteniendo, por qué tanto escándalo? A lo que ella respondió: -Por la mañana, cuando salí por el periódico, lo encontré en una canastita con una pequeña nota que decía: *Tengo un mes de haber nacido, me llamo Lex*. Las lágrimas empezaron a rodar por el rostro de mi madre pues ella nunca conoció a la suya. Sintió que su deber era darle amor y protección a esa criatura.

Me pareció que mi madre tenía un gran corazón y al principio estaba de acuerdo con la idea. Tendría un hermanito. Pero pronto esa idea, dejó de ser algo alegre y comenzó a torturarme. Mi madre pasaba con Lex todo el día y yo quedé en segundo plano. Ya no me leía por las noches, ni me preparaba la merienda por las tardes; poco a poco dejó de participar en actividades importantes para mí. Me entristecía, sentía celos; mi madre se preguntaba por qué trataba tan mal a Lex, y yo no le respondía nada porque asumía que ella se daba cuenta de todo el daño que me hacía.

Entonces me recordé de la novela que me leía y a partir de ese recuerdo empecé a maquinare el asesinato de mi hermanastro. El día que ejecuté mi plan todo marchaba a la perfección, pero en lugar de que entrara “...ella oliendo a mujer barata”, entró un oficial de policía y al ver su rostro supe que estaba en problemas. El plan dejó de ser perfecto, entré en pánico y no sabía en donde esconder el pañuelo lleno de sangre, lo siguiente que recuerdo es que con lágrimas en mi rostro aceptaba todos los cargos que se imputaban frente a un juez.

Ya han pasado diez años desde mi crimen y más que la libertad deseo que mi madre algún día me perdone. Sentado tras las rejas extraño esas noches cuando ella me leía con tanto amor y me pregunto cómo habría terminado aquella novela que me trajo hasta aquí.